

BRAULIO ARENAS 1929

por MARTIN CERDA

... hojeando las páginas de un libro como éste, sonreírían ante el recuerdo de aquellos encantadores y alocados días en que la radio era una emocionante novedad, y las muchachas llevaban el cabello corto y las faldas hasta la rodilla (...) Y quizás olvidarían las esperanzas frustradas, la dolorosa desilusión de la era empedernida ...

FREDERICK LEWIS ALLEN (1931)

matados a lo novillero desde una supuesta actualidad cuando previamente se desconoce qué pueda ser aquello que, en verdad, actúa en dicha actualidad. Criticar es siempre, quiéranlo o no, perspectivar.

SANTIAGO 1929

Publicando esta versión definitiva de *Adiós a la familia*, esbozada hace cinco años en la "nouvelle" de igual título, Braulio Arenas ha trazado una fina crónica del año 1929. Una crónica, en último término, de las "grandes familias" santiaguinas que, ese año, como todo el mundo, habrían de ver sustraídas sus seguridades e ilusiones en la prosperidad de la década del veinte. Este hecho, que marcó, como es sabido, un cambio radical en la literatura norteamericana, Arenas lo restablece como hilo conductor de estos adolescentes que, asediados por la muerte, deberán afrontar, desde Santiago de Chile, el hundimiento de un mundo.

"No presentaba la ciudad —dice el autor—, por esos días, el aspecto cosmopolita con que ahora comienza a adornarse. Estaba más concentrada en sí misma, con puntos precisos de referencia —la Pila del Ganso, el Puente de las Pirámides— y recién ensayaba tímidamente algunos rascacielos, inauguraba hoteles internacionales, trazaba su barrio cívico y encendía los primeros avisos luminosos sobre tiendas y teatros (...) La Casa Eyzaguirre exhibía pintura españolísima de los maestros Alvarez Sotomayor, López Mezquita, Moreno Carbonero y Romero de Torres. Se controlaba, reloj en mano, la duración de los agudos de las cantantes de ópera en el Teatro Municipal. El acorazado *Almirante Latorre* pasaba por el horizonte vigilando como un padre de familia nuestras costas..."

En esta atmósfera, salpimentada por las piernas de las hermanas Arozamena, la chistería del cómico mexicano Mateos, los nocturnos pasados en "El Trocadero" o en "El Chat Noir", se entrecruzaban, tal vez incoherentemente, los aires de la herencia campesina, aun viva en las familias chilenas de 1925, con las ambiciones e ilusiones mundanas que, venidas desde París, Londres o New York, parecían confirmar el ensueño chileno de ser el "más europeo de todos los países de América". Ensueño que, aun en nuestros días, podemos pesquisar en no pocas actitudes nacionales.

Sin embargo, al fondo de esta vida de *cocktails*, de pastillitos en el Tea Room de Gath & Chaves o en El Lucerna, de pinturería españolísima de majas, toreros y vírgenes, de soldados que parecían recién llegados de la guerra franco-prusiana..., silenciosa e implacable, se presenciaba la dictadura. Esa dictadura que, según el autor de *Adiós a la familia*, solían esquivar los mayores en sus conversaciones porque "podía



BRAULIO ARENAS

tornar peligrosa cualquiera luz que se arrojara sobre ella".

Esta sumaria alusión, reiterada dos o tres veces en la obra, está señalando, una vez más, la necesidad de relacionar la década del veinte con la del cincuenta. En 1952, para la sorpresa de los siempre despistados, el veterano militar que había ejercido la dictadura fue llevado, por segunda vez, a La Moneda por una abrumadora decisión popular. ¿Qué secreto designio se escondía en esta decisión? ¿Qué íntimo acuerdo posible podía existir entre el destino del "hombre fuerte" de 1929 con el horizonte de expectativas e ilusiones de la nueva generación de chilenos que se hizo presente en 1952?

Este punto, desde luego, no está trenzado en *Adiós a la familia*, pero, sin embargo, pareciera que el autor ha tejido al lector la tarea de dar esta puntada "prohibida".

MITOLOGIA

Nacido en 1913, el protagonista de *Adiós a la familia* vivirá, durante su corta existencia, la mitología de la década del veinte. El descubrimiento del cine, del avión —decíase entonces, advierte el autor, el aeroplano—, de la radio, del tango, del surrealismo, de la *Revista de Occidente*..., se entrelaza al placer de los sports, al billar o a los simples paseos tradicionales por

la Plaza Brasil o el Parque Forestal.

Los nombres se anudan, misteriosos e incitantes, constituyendo una totalidad: Ortega, Breton, Dos Passos, la *Nouvelle Revue Française*, Proust, Nick Carter, Bebe Daniels, Greta Garbo, Ramón Novarro, Charles Rogers, Erich von Stroheim, Lon Chaney, Josephine Baker, Tórtola Valencia, Lindbergh, Gardel, Azucena Maizani. Todo un mundo que el protagonista de *Adiós a la familia*, condenado a morir tempranamente, irá devorando con la desesperación de los señalados por la muerte.

El tango ocupa un sitio preferencial en este detalle vívido de la mitología de la década del veinte. "En 1929, ya los tangos habían conseguido una amplia audiencia en los salones chilenos, y no era de mal tono que cruzaran el ámbito de augustos hogares los ecos doloridos de su música, arrastrando un cortejo de palabras estrambóticas como *cafiolo, minas, papusas y maulas*..." Sin embargo, añade el autor, "ninguna pareja se hubiese atrevido nunca, so pena de graves censuras, a bailar en un hogar de cierta jerarquía".

Es con todos estos elementos mitologizados que el protagonista logra sostenerse en la corriente de esa vida que, noche a noche, amenaza con escapársele para siempre. Un tango, un film, una lectura, una partida de billar..., en un mundo que, pronto, habrá de estremecerse fatalmente.

Pero la introducción del elemento *coloquial* —de todo un sistema de tics verbales—, la omnipresencia obsesiva de la muerte, lo surreal disparándose desde una litografía colgada en un billar o desde una pesadilla, sosteniéndose o sustrayéndose, parecieran estar señalando que detrás de toda esta mitología de la década del veinte se extendiese una zona erizada de fatales adioses.

"Nuestra triste crónica está tocando —dice el autor— la amarga vecindad de la muerte. La vida había atado con sutiles hilos a este grupo de adolescentes, y ellos sabían que muy pronto la delgada atadura se rompería..."

EPILOGO

Braulio Arenas trabajó, según consta en la advertencia del editor, durante treinta años en la redacción de *Adiós a la familia*. Esta obra plantea, como va dicho, una serie de problemas que sería preci-

so analizar en detalle. Uno de estos problemas posibles es el de la ambigüedad temporal del relator. Esta ambigüedad me parece, desde luego, más "buscada" que sufrida.

El autor de *Adiós a la familia*, en efecto, ha hecho lo contrario de muchos actuales novelistas que, pretendiendo hacer una novela experimental, terminan siempre encorsetados por los moldes clásicos. Arenas dispuso su relato de acuerdo al plano novelesco tradicional, para hacer, a la postre, una novela experimental. Es lógico —al menos, comprensible— que, en esta situación, no falten los despistados ni tampoco los despistables.

El restablecimiento de la mitología de la década del veinte, tal como ésta fue vivida por un grupo de adolescentes de las "grandes familias" santiaguinas hacia 1929, desde un ambiente espiado por la muerte, se reinserta, a su vez, en nuestra situación. La suerte trágica del protagonista, prevista por el autor desde la tercera o cuarta página, se reinstala en la sensación vital de naufragio que caracteriza al lector nacido, justamente, en torno a la fecha que Arenas ha escogido para hacer naufragar a sus criaturas.

"Eran los paganos —dice el autor— de la década del veinte, y se consideraban los herederos de la guerra mundial con las ciudades bombardeadas, con las familias aventadas por un furioso viento, con la sífilis, el suicidio, la peste y el hambre. Querían vivir su minuto (...) mirando directamente a una vida que despreciaban..."

Hacia 1950, otra nueva generación de escritores se esforzará, más o menos en todo el mundo, por salir del círculo implacable del nihilismo. Lo hará contando historias aparentemente ligeras, como *Les enfants tristes*, de Nimier, pero enraizadas en un mundo que, falto de un Dios en quien confiar, no tiene otro expediente que medirse con su propia nada.

La visión despobladora de millones de hombres reducidos a su nudidad, la pesadilla de los campos de exterminio, la revolución "deshecha" en purgas automáticas, las ciudades desventradas..., formaron una nueva mitología planetaria. Pero, no obstante esta nueva mitología, los hombres querían vivir, como el protagonista de *Adiós a la familia*, su minuto. Fue entonces cuando los *garçons* de 1925 —Drieu, Céline, Malraux, Scott Fitzgerald—, esos grandes desencantados, retornaron convertidos en seres mitológicos, como, años después, retornarían el tango, el charleston, las faldas cortas o el *divismo*.

(1) Cfr. Edgar Morin, *Les stars*. Editions du Seuil. París, 1957, pp. 119-131.

(2) *Adiós a la familia*. Editorial del Pacífico. Santiago, 1966.